

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 253

25 cts.



EL ANGEL DE
LAS TINIEBLAS

POR
Ronald Colman,
Wilma Banky,

Filmoteca

de Catalunya

FITZMAURICE, George

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 253

The Dark Angel, 1925

El Angel de las Tinieblas

Sentimental cinedrama interpretado por los
prestigiosos artistas

RONALD COLMAN . . . (Daniel)
VILMA BANKY . . . (Ketty)
etc.

Producción **FIRST NATIONAL**

Distribuida por **METRO - GOLDWYN CORPORATION**

Mallorca, 220 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
PAULINE GARON



EL ANGEL DE LAS TINIEBLAS

Argumento de la película

Inglaterra.

Comienza la acción en una coquetona villa veraniega, en el condado de Kent, situada a unas 20 millas de Dover, y en un espléndido día de primavera del año 1918, cantado en la enramada por mil parleras avecillas...

—¡Daniel! ¡Amado de mi alma! Presiento ya cercano el día terrible de nuestra separación.

—¡Ketty! ¡Angel mío! No pienses en ese día. Pensemos sólo en nuestro amor.

Ketty Vane y Daniel Murray eran los que sostenían tal amoroso diálogo, sentados sobre mullido lecho de hierbas en la alegre campiña.

Ella es hija única de Sir Hubert Vane, célebre financiero y capitalista inglés. Blonda cabellera rizada rodea su cabeza, primorosa y linda, que guarda el tesoro de sus ojos verde-oceánico y de su boca perla y coral.

Enamorada profundamente del capitán Da-

niel Murray, ve su amor correspondido por el alma generosa del que ha de ser su esposo.

Un militar alto, arrogante, fuerte y pundonoroso hasta el sacrificio: este es Daniel. Basta



—¡Ketty! No pienses en ese día. Pensemos sólo en nuestro amor.

verle y hablarle una vez para observar que todo lo que de él se desprende sale de su corazón.

Su regimiento está ultimando los preparativos para partir. Su puesto está en Flandes, donde le llaman sus hermanos de sangre, y hace ya días que todos los soldados, sin distinción de

categorías, esperan el momento solemne de recibir el bautismo de fuego...

—Pronto iré a Flandes; al lodo, al fuego, a la sangre. ¿Me prometes, Ketty, aguardarme y ser mía?

—¡Te juro, Daniel, que mi corazón no dejará de pertenecerte! ¡Yo esperaré!

—En esos días de pesadilla, tú serás mi fuerza... mi luz... ¡mi todo!

Entretanto, en el pueblo, un ciclista, soldado del regimiento de Daniel, iba buscando a éste inútilmente por todas partes. Un muchacho, con mucho gracejo, le dió las señas para hallarle.

—Sigue la orilla del lago; encontrarás a una hermosísima chiquilla... Da la vuelta a la chiquilla... y encontrarás al capitán.

El ciclista dió pronto con Daniel, y éste leyó el mensaje de que aquél era portador; el cual decía:

Orden al capitán D. Murray de trasladarse inmediatamente a Dover, donde se incorporará a su Regimiento, mañana por la mañana a las 5'30.

Aquella orden, no por esperada produjo menos emoción en la doncella, que se deshizo en llanto amargo y suplicó al enamorado:

—Deja que te acompañe a Dover. Quiero estar a tu lado, en tus brazos, hasta el último minuto.

Aquella misma tarde tomaron los dos un automóvil y se trasladaron a Dover.

Orden idéntica a la de Daniel la recibió el capitán Gerald Shannon, de su mismo regimiento, perteneciente a una aristocrática familia londinense.

Buenas relaciones de amistad y un lejano parentesco unían a los Shannon y los Vane. Los padres habían concertado ya el casamiento de sus respectivos hijos, y si bien Gerald estaba en antecedentes y era ferviente en él el deseo de su realización, Ketty, en cambio, nada sospechaba y tenía a aquél por un buen amigo, casi por un hermano.

Con su uniforme de oficial del ejército inglés, se presentó hoy Gerald a casa de los Vane con objeto de despedirse antes de partir para la campaña. También existía su poquitín de interés en poder ver una vez más a su idolatrada Ketty. Sufrió una decepción al saber que se hallaba ausente, e insinuó a Sir Hubert:

—¡Cuánto deploro no haber visto a Ketty! ¡Hubiera querido obtener de ella, por lo menos, una esperanza!

—Tranquilícese, mi buen Gerald. Ya sabe usted que su corazón es libre y no le mira a usted con malos ojos.

—¿Y si nos equivocáramos?

—Le repito que se tranquilice. Mi hija no ha guardado nunca secretos para mí.

El tono de voz de Sir Hubert era de seguridad y convicción. Y así logró llevar al ánimo de Gerald todo el optimismo de que él estaba poseído en la realización del matrimonio.

Poco sospechaban uno y otro que en aquel preciso instante Kitty tenía el mayor disgusto de su vida por un hombre que había de hacerla llorar lágrimas de sangre...

Un fuerte abrazo unió breves momentos a los dos hombres y Sir Hubert, sintiéndose ya padre de aquel bizarro militar que iba a pelear por la santa causa de la Libertad, le dió la bendición, al tiempo que fortalecía su ánimo con la promesa de que Kitty estaba reservada para él.



Dover.

Un día gris, obscurecido por espesa niebla.

En la Posada Andold, donde se alojan los oficiales del Regimiento destinado a Flandes, se hallan ya varios de éstos reunidos. En una mesa están Gerald y el molesto pero inevitable Sir Francis Beaumont, llamado por sus compañeros de armas "El Sarampión".

De pronto, Sir Francis suelta el vaso de *wisky* que iba a beber, y exclama, admirado:

—¡Mira, Gerald, nuestro amigo Daniel! ¡Más serio siempre que las tapas de un misal, y ahora!...

Efectivamente, Daniel acaba de aparecer en el zaguán de la posada acompañado de al parecer



...y, además, por haber subido, Gerald y su acompañante, sin detenerse, a la habitación que les habían destinado...

una belleza femenina, lo cual no pudo ser comprobado por los curiosos, por hallarse de espaldas a ellos y, además, por haber subido, Gerald y la mujer, sin detenerse, a la habitación que les

habían destinado. Ya en ella, Ketty — pues era ella — echóse en brazos del amado. Y prorrumpió con un dolor sin límites:

—¡Nada más que seis horas... seis horas cortísimas! ¡Oh, Daniel mío!

Y así, entre llanto y dolor y angustias y lágrimas que agotaron a los dos amadores, llegó el alba, y el primer rayo de sol que se filtró por la ventana sorprendió a él recostado en un sillón, respirando profundamente cual atormentado por una pesadilla; y a ella, a Ketty, arrodillada, en el suelo y con la linda cabecita descansando en las rodillas del amado...

La despedida revistió caracteres heroicos. A los lamentos de ella juntábase la desesperación de él. Y una vez, dos, diez se separaron para volver a unirse, a estrecharse en fuerte abrazo, a besarse.

—¡Oh! ¡Ya es hora! ¡Qué dolor, vida mía!

—Quiero moldear en mis manos tu cara divina y llevármela, como un tesoro sin precio...

—¡Daniel! ¡Amor mío! ¡Que Dios te proteja!

—¡Me llevo allá tu imagen adoradísima! En aquellas tinieblas, tú serás mi luz.

Y en un arranque de patriotismo y de fe en la victoria, agregó:

—¡Animo, chiquilla! ¡Cantemos La Madelón! Como allá... ¿te acuerdas?

En aquel momento bajaba "El Sarampión" y fué a comentar gozoso con sus compañeros:

—¡Qué alegres están los novios! ¡Ahora están cantando La Madelón!



—¡Oh! ¡Ya es hora! ¡Qué dolor, vida mía!

Cuando Daniel hubo salido de la habitación, entró en ella, para consolar a Ketty, una sirvienta de la posada; traía una baraja y extendió

las cartas sobre una mesa. Leyó en ellas, atarada, y pronunció como un soplo:

—El ángel negro lo ha rozado con sus alas...
¡Hay que rezar, hay que rezar para que vuelva!



Flandes. En pleno invierno.

Rugía en el frente la tormenta odiosa. Y en los bosques el péndulo monótono marcaba las horas silenciosas de angustia y agonía...

Daniel, al frente de un destacamento, se había hecho fuerte en las ruinas de un pueblo ya sin nombre, que había pasado tres veces en poder de uno y otro combatiente. Las órdenes que ahora había recibido del Alto Mando eran terminantes.

Se estaba realizando un silencioso avance de infantería y artillería ligera unos kilómetros lejos para cortar un puente y sorprender al enemigo por la retaguardia, y era preciso en absoluto hacerse fuerte donde se hallaba Daniel con el único objeto de llamar la atención del enemigo sobre aquel punto.

—¡Mi capitán! ¡Se acaban las municiones! Y esos diablos alargan cada vez más el tiro.

—¡Qué nadie se mueva de su puesto! Las órdenes son de que estemos aquí hasta el final. Nuevamente intentaron los firmes soldados

germanos adueñarse de aquellas ruinas. Pero esta vez fracasaron en su empeño. Al tesón ejemplar de unos, opúsose la resistencia incomparable de otros.

El ataque fué rechazado a la bayoneta. Y entre el pavoroso retumbar de los cañones y el repiqueteo pertinaz de las ametralladoras oíanse sordas exclamaciones de odio y apagados lamentos que movían a piedad.

De momento eran dueños de la situación, pero por todo lo que alargaba la vista estaba cubierto de cadáveres de ambos bandos. Daniel calculó cuán cara había costado aquella momentánea victoria.

Gracias a la prueba de heroísmo que habían dado Daniel y sus soldados, la operación proyectada salió maravillosamente. El oficial del destacamento que había sabido mantenerse firme y salir victorioso, habíase hecho acreedor a una alta recompensa honorífica.

El pueblo aquel que tan caro costaba al enemigo fué tomado como punto de mira de innumerables cañones. Las granadas se sucedían con tan escasos intervalos de tiempo, que causaba pavor. Y era más horrible aún por tener que permanecer mudos sus cañones a causa de haber terminado las existencias de municiones. Como no venía ninguna orden de retirada, Daniel mantúvose firme en su lugar, dispuesto a

rendir hasta el último instante de su existencia en holocausto de la Patria...

Una granada estalló a pocos metros de él, librándose por verdadero milagro de sus cascós; pero al romper levantó vertiginosamente innumerables piedrecillas y trozos de plomo que se incrustaron en la cara del héroe. Doloridos los ojos tuvo que cerrarlos. Echóse al suelo mientras sus labios murmuraban:

—¡Ketty!... ¡Ketty!... ¡Luz de mis ojos!...

El bombardeo terminó a los pocos instantes y las bayonetas enemigas lanzáronse nuevamente al asalto. El choque fué otra vez algo terrible que hubiera puesto el espanto en el semblante de los mismos combatientes si no fuera porque éstos, todos, estaban ya locos de metralleta y borrachos del olor acre de sangre y muerte...

El pueblo pasó a poder del enemigo; y de los caídos, aquellos que tuvieron la suerte de conservar un soplo de vida fueron un trofeo, el mejor botín de guerra: prisioneros.

... ..

Terminó la guerra. Sobre un montón de ruinas se ha alzado la mutilada Victoria. Y vuelven a sus hogares aquellos que escaparon a la guadaña traidora...



Ha vuelto la primavera. Y vuelven a cantar en la enramada mil parleras lengüecillas el triunfoso de la vida.

Ketty, ya en su casa en Londres, lamenta la muerte de su prometido:

—¡Oh, Dios! ¡No volver a verte más! ¡Qué tortura, hasta el último minuto de mi vida!

Gerald intentó consolarla, pero en vano; el recuerdo persistía.

—En los últimos instantes no pensaba más que en infundirme valor, y me decía: ¡Animo, chiquilla! ¡Cantemos La Madelón! Como allá... ¿te acuerdas?"

—Se lo imploro, Ketty. Olvide... No mire hacia atrás. La vida tiene que seguir su curso.

—La esperanza muere, Gerald, pero no el recuerdo.

Y luego, como ensimismada, continuó:

—Me dijo al partir: "Me llevo allá tu imagen adoradísima. En aquellas tinieblas, tú serás mi luz".

Daniel salvó la vida, pero como recuerdo penne de aquella guerra cruel sus ojos quedaron privados de luz para siempre. La ciencia sólo ha podido darle, mediante una operación afortunada, la apariencia del hombre que ve.

Se ha trasladado lejos, muy lejos de aquella

cuya imagen ilumina su noche eterna. Y de su belleza, de su juventud y de su amor guardará sólo la ilusión peregrina.

Retirado en un pueblecito de Inglaterra, bajo el nombre de Roger Blackwood, Daniel escribe cuentos para niños... esos niños que lo han forzado a vivir...

Cuando a los primeros días, después de la operación, paseando solo con su bastón y su triste recuerdo, hallóse en la ribera de un río, se internó en las aguas, que ya iban cubriéndole hasta la rodilla y hasta la cintura, mientras murmuraba:

—¡Vivir! ¿Para quién?

Unos tiernos chiquillos le vieron y le llamaron. Daniel retrocedió, asustado de lo que iba a hacer. Cuando le vieron llegar con paso vacilante, dijo uno:

—¡Oh! ¡Está ciego! La guerra... ¿verdad?

—¡Mecachis! — arguyó otro—. ¡No tendrá usted pocos cuentos que contarnos!

Daniel, ya sereno, les dijo:

—Los ciegos ven para adentro. Viven siempre en el reino de los sueños; y sí: saben cada cuento maravilloso... Oid... pero tenéis que cerrar los ojos...

Desde entonces comprendió que su vida aun podía tener un objeto, y listo siempre para el

sacrificio, hacía composiciones que eran el deleite mayor de los chiquillos.

Secundado por Miss Nichols, que actuaba de secretaria, hacía sus narraciones en el jardín. Y todos los días, a la misma hora, los chicos de la localidad saltaban la tapia; y acurrucados tras los árboles o debajo de algún banco escuchaban a Daniel, que dictaba con tal entusiasmo, que por un momento encarnaba el héroe de su novela.

—Veamos... ayer quedamos en el momento patético en que el héroe cae en poder de los piratas.

“Y repartiendo con el bastón enérgicos golpes, iba deshaciéndose de sus adversarios, sujetando con el brazo izquierdo a su dama y preservándola de las embestidas de los rufianes. Con exclamaciones de rabia y furor mezclaba los denuestos de la canalla. Por fin, vencido por el número, fué apresado por los piratas y separado de su amor. Pero después de titánicos esfuerzos, logró desasirse de sus enemigos y en poco rato dejó el buque sembrado de cadáveres de piratas. Ya vencedor, volvió a estrecharse en brazos de su amada.”

Los chicos, escondidos, estaban encantados, se refocilaban de gusto.

Iba a continuar, pero se detuvo ante el rui-

do insistente que se oía del trote de caballerías, ladridos de perros y bullicio de gente.



"Ya vencedor, volvió a estrecharse en brazos de su amada..."

—Son cazadores de Londres. Han venido al castillo Clifford a cazar el zorro — dijo Miss Nichols.

Este nombre le inmutó y le decidió a dejar la tarea para el día siguiente, dejando a los invisibles oyentes completamente decepcionados.



Por montes y por prados pasó la tromba policroma de monturas y jinetes, londinenses que iban a gustar durante unos días del placer de la caza.

Sir Hubert Vane había invitado para esta cacería a lo más selecto de sus amistades, escogiendo para lugar de sus correrías sus posesiones de Clifford, donde además de extensos bosques contaba con un castillo soberbio, digna residencia de sus antepasados. No faltaron los héroes de la gran guerra Gerald y Sir Francis Beaumont, que ni en aquella hecatombe supo perder el justo apodo de "El Sarampión".

El día de la cacería y momentos antes de montar para encaminarse al bosque, aun insinuó Gerald a Ketty:

—¿Cuándo esa boca hechicera pronunciará la palabra que hará de mí el hombre más feliz de la tierra?

—No puedo contestarle todavía, Gerald. No puedo...

Y se sintió invadida por gran tristeza. El recuerdo del ser amado no se había extinguido aún, y por otra parte empezaba ya a sentir un sentimiento de piedad hacia el pobre Gerald, que se consumía desesperanzado por la constante negativa.

Los cazadores fuéronse desparramando por el intrincado bosque. Kitty vióse después de un largo trote acompañada solamente por "El Sarrampión". Se detuvieron. Con su acostumbrada imperturbabilidad, díjole él:

—Créame, Kitty. No se puede vivir con sombras. Gerald la quiere como un beduino. Cátese con él, ¡y enhorabuena!

La muchacha, que no podía ya resistir más insinuaciones de este género, le volvió la cabeza y espoleó su magnífica yegua. Fué tan súbito, que el animal dió un salto, asustado, y salió como disparado, recto como una flecha. Encabritóse también el caballo de Beaumont, y antes de que éste pudiera darse cuenta de nada vióse en el suelo, mientras su caballo emprendía veloz carrera.

Daniel hallábase en un claro de bosque que formaba como una plazoleta. Hoy, aprovechando el rumor extraordinario de las malezas al ser pisadas por caballos y perros, los ladridos de éstos y los relinchos de aquéllos, el sonar de los cuernos y la chillería infernal de todo el conjunto, hizo cerrar los ojos a los chiquillos y con su narración los trasladó a los tiempos gloriosos de la Edad Media.

Un insistente galope que se acerca, un cuerpo que cae pesadamente al suelo, y un ¡Ay! dolori-

do lanzado por una mujer, les devolvió a la realidad e hizoles abrir los ojos.

Los chiquillos quedaron mudos del susto, al ver en el suelo, a pocos metros, una bellísima amazona, sin sentido. Daniel hizo acompañar a su lado y empezó a prodigarle los primeros cuidados. Vertió agua fresca en su rostro y Kitty, pues era ella, abrió los ojos. En su inconsciencia aun fijóse en quien estaba a su lado y al ver a Daniel, creyéndose víctima de una alucinación, volvió a perder el sentido. Daniel hizo salir a los muchachos a la carretera para que detuvieran el primer coche que pasare. Al poco rato hicieron parar uno y sus ocupantes fueron a recoger a Kitty. Daniel, antes de dejarla, echó encima su propia chaqueta para preservarla en lo posible del frío.

—¡Su pañuelo! ¡El pañuelo de la damita! — exclamó uno de los chicos con alborozo, al tiempo que recogía aquella prenda del suelo.

—Mirad... ¡mirad si hay un nombre!

—¡Oh, sí!... y un nombre muy bonito: Kitty.

—¡¡Ketty!!

Un recuerdo amargo y cruel se cebó en el alma de aquel hombre que tanto había sufrido y que tanto sabía sufrir. Ahora no podía más. Una muchacha de Londres, que se llamaba Kitty, y usaba un perfume para él muy conocido...

Herida; en sus brazos y sin haberla podido ver...
¡Era horrible!



Por la noche en el castillo de Clifford celebróse una fiesta fastuosa y un banquete digno de magnates.

Ketty, repuesta ya del golpe recibido en su caída, pero no de la visión que había tenido de su Daniel, hallábase en su habitación presa de gran melancolía y tremendas emociones. Su padre fué a buscarla, pues los comensales se hallaban ya todos preparados y la estaban esperando.

Abajo en el comedor todo era jolgorio; sólo se hallaba mohino, contra su costumbre, el popular "Sarampión". Además del percance que sufrió en el bosque, ahora Gerald acababa de gastarle una broma, que su humor no estaba en disposición de recibir. Y dirigiéndose a éste dijo:

—Broma de un gusto dudoso, Gerald... mayormente cuando se la gastas a un amigo abnegado que hace un momento te puso por las nubes a los ojos de Ketty.

Y agregó, dirigiéndose a todos los invitados:

—Sí, pardiez. Esta tarde le dirigí un discurso ensalzándole los méritos de Gerald, como marido y mártir.

Gerald, que todo lo hubiera esperado menos

tal peroración, quedóse asombrado y sin palabra.

Y "El Sarampión" prosiguió aún:

—Gerald y yo podríamos decirle que el ángel al cual ella ha rendido su corazón dejó una noche sus alas a la puerta de una posada.

En aquel preciso instante Ketty descendía la ancha escalinata que conducía a las habitaciones superiores, y pudo oír las últimas frases que se pronunciaron irreverentemente sobre su ídolo. Su rostro cubrióse de amarillenta palidez; y con majestuosa serenidad levantó la voz:

—Sir Francis: lo que decís es exacto. Una noche, en Dover, el capitán Murray llevó a la posada a una joven!...

E irguiéndose altiva, añadió:

—Y esa joven... ¡fuí yo!

Tal confesión produjo un murmullo general. Los comentarios fueron sabrosos en extremo para todos los gustos. Sir Hubert Vane hacía esfuerzos poderosos para conservar la serenidad y Gerald cambiaba de color, mientras "El Sarampión", por primera vez en su vida, arrepentíase de sus imprudentes palabras.

Al poco rato, en el jardín, dos sombras murmuraban:

—Ketty. ¡No sabe cuanto sufrí ahí hace un momento! Acepte mi nombre... Su dolor se apaciguará y sólo le quedará un recuerdo muy dulce, que yo respetaré como una reliquia.

Ella contestó, abatida:

—Gerald... No sería leal que luchara más tiempo contra una devoción como la suya. Trataré de hacerle feliz, amigo mío.

Al día siguiente, Gerald fué a devolver en persona la chaqueta que el señor Roger Blackwood había cedido tan galantemente para abrigrar a su prometida.

Miss Nichols le acompañó hasta el despacho, donde le esperaba la mayor sorpresa de su vida, al hallarse cara a cara con su antiguo camarada. Un estrecho abrazo unió a los dos. Ya en el terreno de las explicaciones, Daniel le relató su historia, con largos intervalos.

—Fuí herido y hecho prisionero... me creen muerto, pero no se equivocan mucho, pues ¡estoy ciego!

Lentamente, calculando todo el valor de las palabras, continuó:

—Yo sé que Ketty lo hubiera sacrificado todo... ¡su juventud, su belleza, su vida! Lo sé, y por eso, por su bien, porque la quiero demasiado me vine a esconder aquí.

Y como un suspiro, terminó:

—Para todos, sobre todo para ella Daniel Murray ha muerto. Gerald, tengo confianza en ti. ¡Guárdame el secreto!

—Daniel. Ketty ha consentido en ser mi mujer...

—Sé feliz, Gerald. ¡Y hazla muy dichosa! Con mi alma te lo digo. ¡Hazla muy dichosa!



En el castillo de Sir Hubert Vane, todo es alegría y jolgorio. Se termina la temporada de la caza y aquél quiere emprender el regreso a Londres después de celebrado el enlace de su hija con Gerald Shannon. Es la víspera de la boda y con tal motivo el movimiento y la animación son extraordinarios.

Sir Hubert pasea pomposamente, gallardamente, y transmite órdenes sin cesar, orgulloso por haber convertido su hija a sus ideas.

La novia se prueba un riquísimo traje blanco, que hace destacar su esbeltez y el natural carmín de sus mejillas.

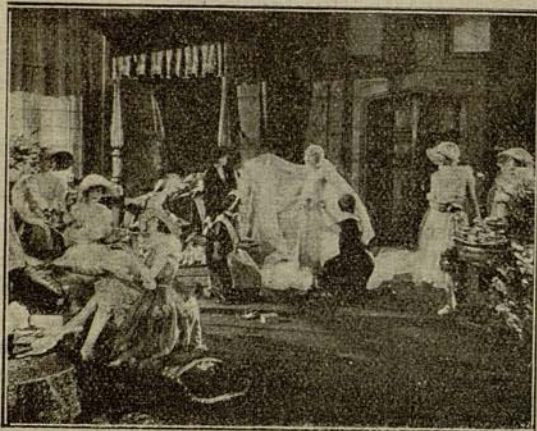
Gerald, satisfecho por haber logrado su máximo ideal en este mundo, no puede ocultar empero la intranquilidad que le mortifica por el secreto que debe guardar. Por fin se reviste de ánimo y sube para hablar a su amada, con la nobleza en él tan peculiar.

—Ketty... tendría de mí mismo el concepto más despreciable del mundo, si en este momento callara la verdad... ¡Daniel vive!

—¿Por qué... por qué me ha dejado en la creencia de que ha muerto?

—Habita en una quinta no lejos de este castillo y se hace llamar Roger Blackwood.

Sin esperar a saber nada más, Ketty dejó a



La novia se prueba un riquísimo traje blanco, que hace destacar su esbeltez...

Gerald y fuése a cambiar las ropas para cerciorarse por sí misma de lo que acababan de enterarla.

Gerald fué luego a contar el caso a Sir Herbert, y terminó:

—No hice más que lo que me dictaba mi con-

ciencia. ¡Tenía que jugar limpio con el pobre Daniel!

—Mi hija verá que está ciego. Se dejará lle-



—Ketty... ¡Daniel vive!

var de la piedad y no vacilará ante ninguna locura. ¡Es necesario que me adelante y hable con Daniel! — dijo el padre.

Salió como una exhalación, tomó su coche y sin perder minuto llegó a casa de Daniel.

Le introdujo Miss Nichols. Y sin saludos, sin preámbulo de ninguna clase, al hallarse frente a Daniel dijo desesperado:

—Capitán, Gerald era demasiado noble para guardar el silencio. Mi hija estará aquí dentro de un momento, pero ignora que usted ha perdido la vista. Debían casarse mañana; era la felicidad de mi hija, tanto en el presente como en el porvenir. Y ahora...

—¡Su felicidad! Sí... ¡Qué no haría yo por su felicidad!

Indeciso agregó, como hablando consigo mismo:

—Si yo pudiera... pero es tan difícil hacerla creer en eso... Pero la Providencia vendrá en mi auxilio... ¡sí, por ella, por su felicidad!

Adoptó rápidamente la resolución de hacerla creer que él habíala olvidado.

Sir Hubert se fué al escuchar la trepidación de un motor: era el *auto* de su hija.

Daniel colocóse de espaldas a la chimenea. Tenía bien calculados los pasos que mediaban hasta su mesa, que tenía al frente, y en cuyo borde depositó la pipa; y los que había hasta los dos sillones, que el uno quedaba a su derecha y el otro a su izquierda; en éste puso sobre el respaldo las cerillas. Tenía además calculada la distancia hasta la puerta de entrada, y así podría moverse con aparente soltura.

Cuando Miss Nichols le anunció que una señorita deseaba hablar con él, hizo que le ex-

plicara los detalles más salientes de su tocado. Era Ketty. Iba a empezar la comedia.

Entró Ketty y lanzó, gozosa, una exclamación:

—¡Daniel!

—Dichosos los ojos que te ven, Ketty. Siempre *chic*... ese vestidito blanco es una maravilla de buen gusto. Y veo que siguen gustándote los sombreros pequeñitos.

Sus ojos abiertos revelaban una clara visión.

Ketty, atónita, repitió:

—¡Daniel!

—Estaba pensando... en qué época te vi la última vez... ¡Ah! Ya sé, en la primavera de 1918. ¡Esta maldita guerra me ha hecho perder la noción del tiempo!

Sin moverse, continuó:

—Sí... Tuve mi ración de metralla y quedé con la memoria un poco averiada... Pero ahora ya estoy bien.

—¡Daniel!

—Me he convertido en un gruñón, maniático, un verdadero salvaje. He dejado a todos los amigos...

Tímidamente, pero con desgarrado acento, la mártir preguntó:

—¿Y yo... Daniel?

—Sólo me queda una distracción: mi pipa.

Y, naturalmente, cuando la busco no la encuentro jamás.

Mientras decía esto adelantóse, cogió la pipa, dió media vuelta y cogió las cerillas con lo que evolucionó por la habitación. ¡El efecto estaba conseguido!

Ella, mimosa y enamorada, intentó levantar su espíritu:

—Pero, ¿no te acuerdas? ¿Aquella tarde a la orilla del lago, nuestros juramentos?... Y luego, ¿aquella noche, la última?

—Sí, sí, son recuerdos muy buenos. ¡Pero cambia uno tanto! No, realmente, el casamiento no me dice ya gran cosa. Me he arreglado ya la vida; trabajo, escribo, en fin, a mi manera soy feliz.

Aquel final tan indiferente produjo su efecto en Ketty, quien prorrumpió en un llanto desgarrador.

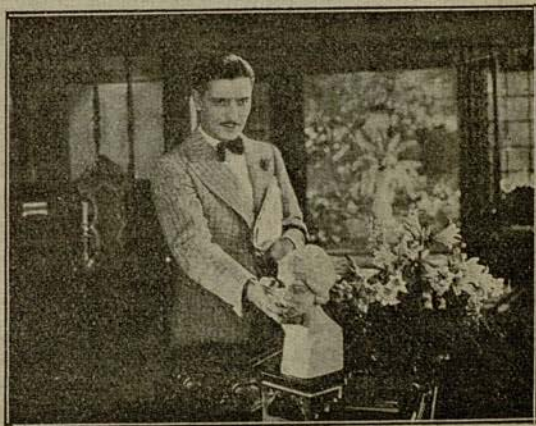
Y al notar que Daniel no se acercó ni para consolarla siquiera, alargó la mano en señal de despedida. Esta vez la emoción fué aún más intensa: Daniel la miraba fijo, impassible, sin dignarse aceptar la mano que le tendía.

—Me he enterado de que ibas a casarte con Gerald Shannon. Un gran muchacho, Ketty. Con él serás feliz.

—Ketty se retiró. Una congoja intensa había-

se apoderado de ella, que conmovía hasta la última fibra de su ser.

Cuando Daniel se dió cuenta de que se hablaba solo, dió rienda suelta a sus sentimientos.



—¡Oh, divina ilusión! ¡Infunde valor a este pobre ciego!

El esfuerzo que acababa de realizar era superior a todo lo imaginable. Ahora ya podía lamentarse, pues el lamento y las lágrimas eran su único consuelo en este mundo.

—¡Oh! ¡Mujer santísima! ¡Bendita seas! ¡Tú

eres la luz purísima que rasga las tinieblas de mi noche!

Y cogiendo entre sus brazos un busto, fiel imagen de Kitty, continuó:

—¡Oh, divina ilusión! ¡Infunde valor a este pobre ciego! Guíale por el sendero solitario, en la noche oscura, hasta que llegue la otra noche infinita!

En su desvarío no se dió cuenta de que Kitty había vuelto sobre sus pasos y se hallaba contemplando la escena, conmovida. Ella fué avanzando y entonces comprendió claramente la comedia de Daniel, al saberle ciego.

Sus pasos llamaron la atención de éste quien, serenándose momentáneamente, y creyendo era la secretaria, dijo:

—Puede usted retirarse, miss Nichols. Hoy no tengo nada más que dictarle.

Kitty se arrojó en sus brazos.

—¡Soy yo! ¡Yo! ¡Daniel mío! ¡Alma de mi alma!

—¡No llores, Kitty, te lo imploro! ¡No llores! Gerald te quiere. ¡Vete! Mi felicidad en el mundo es saber que eres feliz.

—Mi felicidad está aquí, a tu lado, mi único amor. No olvides, Daniel que yo soy tu fuerza, tu luz...

En aquel momento entró Sir Hubert, grave, sereno. Kitty, sin acobardarse ante las miradas

de su genitor, abrazóse más fuertemente a su Daniel y pronunció estas palabras, que tuvieron la doble virtud de desarmar la severidad del padre y de hacer renacer la esperanza en el corazón del ciego:

—¡Te amo, Daniel! ¡Soy tu mujer y el único poder que podrá separarnos será la muerte!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La popular novela

MANON LESCAUT

Argumento de la obra del Abate Prevost

Protagonista: LYA DE PUTTI

Producciones UFA

Postal-fotografía regalo: CREIGHTON HALE

32 páginas :: Numerosas fotografías

Precio popular 25 cts.

COMPRE USTED MAÑANA

Miguel Strogoff, o El Correo del Zar

TÍTULOS QUE NO DEBE OLVIDAR

Rosa de Levante

Producción nacional :: Por CARMEN VIANCE

— Último libro de *Los Grandes Films* de

La Novela Semanal Cinematográfica

Número Almanaque

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Si lo ve, lo compra.

¿Qué me'or garantía podemos darle?

LA VIUDA ALEGRE
EL GRAN DESFILE

Ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

Mañana se pone a la venta

Miguel Strogoff, o El Correo del Zar